

Victor Hugo: las encrucijadas morales

Federico Reyes Heroles

POR QUÉ DE LA GLORIA

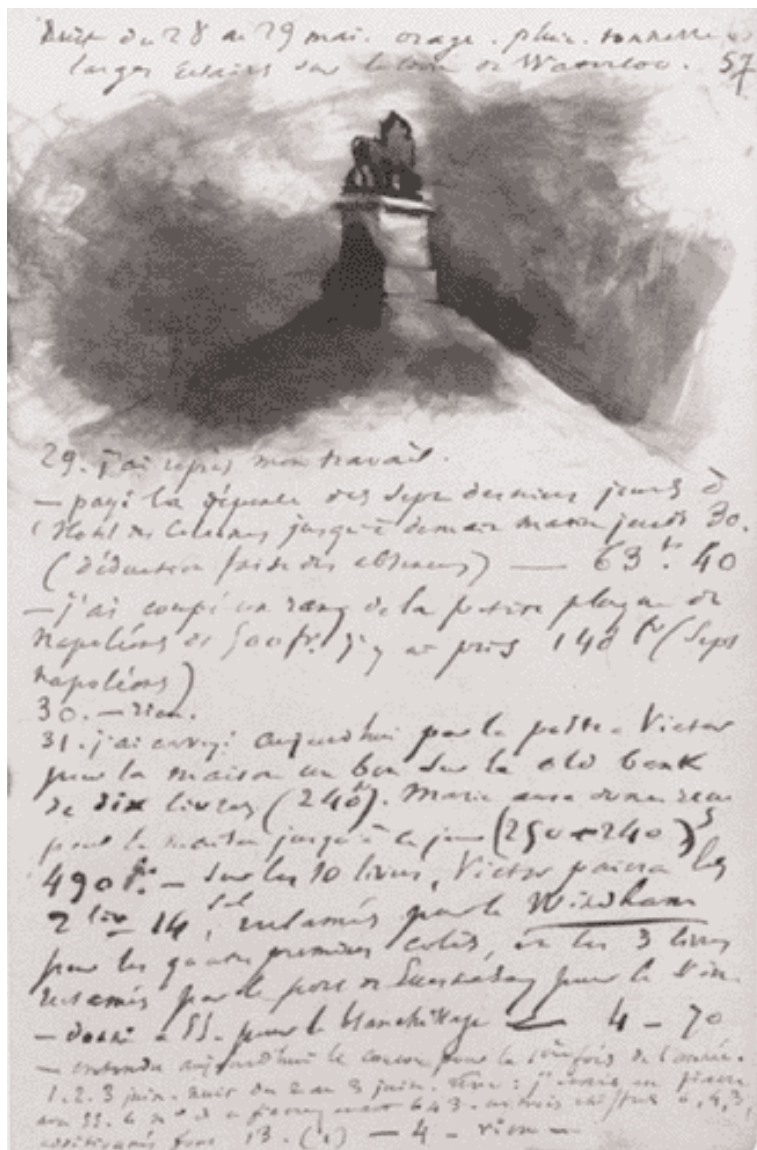
El primero de junio de 1885 las calles de París se convirtieron en una capilla ardiente. Cientos de miles, hay quien dice que millones de franceses, con los ojos llorosos y el alma quebrada formaron una gran valla. El Panthéon era el final de la ruta. Pero lo asombroso no era sólo la cantidad de los allí reunidos sino el motivo. No se despedían de un monarca sino de un escritor. En un ataúd sencillo, así lo había ordenado el homenajeado, transportado por una carreta a paso lento, los restos mortales de Victor Hugo se encaminaban a su última morada.

Había muerto apenas unos días antes, el 22 de mayo, y ya la nación entera le rendía tributo. Poca fue la discusión: era una gloria nacional y un personaje universal. No todos los que allí se encuentran han tenido ese privilegio. Jean-Jacques Rousseau, nada menos, se tardó dieciséis años en recibir un tratamiento similar. Voltaire trece. Émile Zola seis. A los esposos Curie les tomó más de medio siglo y a André Malraux veinte años. Balzac simplemente no ha llegado. Las puertas del Panthéon se abren muy trabajosamente. De los pocos que superan a Victor Hugo en velocidad, si es que ello dice algo, es Mirabeau, que fue llevado a ese lugar dos días después de su muerte.

Allí en el Panthéon, a la entrada de la cripta xxiv, se lee una sola palabra que intenta presentar al personaje a quien lo visita, quizá es ella, esa palabra, el mayor elogio que podríamos imaginar para Victor Hugo, dice simplemente: “escritor”. Punto. Al verlo reposar allí entre los enciclopedistas, los revolucionarios, los grandes héroes franceses y hombres de estado brota la pregunta. ¿Qué hizo Victor Hugo para merecer tanta popularidad, tanto respeto, tanta admiración? ¿Fueron acaso los territorios indómitos de las emociones humanas que su poesía descubrió los que le dieron la gloria? ¿O quizá fue la popularidad de sus obras de teatro como *Hernani*? ¿O sería su capacidad para provocar misericordia e intriga con Quasimodo en los oscuros pasillos de Notre Dame? ¿Acaso la sangre de pueblo que corre por las venas de Jean Valjean? Y no olvidemos que también está allí el hombre político que se enfrenta a Napoleón III a quien impone el mote de “el pequeño”. Y por supuesto el periodista y el profético orador ante la Asamblea que propone, a mitad del siglo XIX, nada menos que la unificación de Europa. Aunque en ese momento todo mundo lo tildó de loco, en pleno siglo XXI cada vez se le recuerda más. ¿Qué lo llevó a la consagración en vida?

Por supuesto que fueron todas esas semillas sembradas a lo largo de una prolongada vida las

Al igual que Vicente Quirarte, Federico Reyes Heroles participó en la mesa de homenaje a Victor Hugo que coorganizaron, el pasado 6 de mayo, la Coordinación de Difusión Cultural y la Delegación Coyoacán.



Victor Hugo, esbozo de El león de Waterloo, 1861

que germinaron, crecieron y finalmente le dieron frutos a Victor Hugo. Pero detrás de la vastísima obra del gran polígrafo se esconde silencioso, sin reclamar créditos ni recibir demasiados homenajes, el instrumento al que Victor Hugo hizo producir sonidos maravillosos, el mismo que utilizó para hacer llorar o para lanzar flechas mortales al reyezuelo. Me refiero a la palabra. Si algo mostró Victor Hugo al mundo fue el poder de la palabra. Poder para sacudir las fibras más recónditas de la entraña humana, para aventurarse en las cavernas de la miseria en el sentido moral de la expresión. Poder para fijar posiciones públicas, para trazar

algunas cartas de navegación en los agitados mares de la infidelidad y del amor. Rendir tributo a Victor Hugo es también recordar los usos maravillosos de la palabra.

PRESENCIAS MÚLTIPLES

Si alguien todavía tiene dudas de si el arte es compatible con una presencia pública, que relea la vida del gran poeta francés. Se puede dar una batalla política feroz que incluso lo arrojó al exilio por casi dos décadas y, a la par, seguir penetrando en los misterios de la condición humana. La palabra política jamás demeritó su producción, por el contrario acrecentaba su valía. Pero cuidado, nada más lejano a las líneas de Victor Hugo que la idea de politizar la literatura. Ésa es una lectura miope. Vayamos poco a poco.

Fue la defensa de los pobres lo que lo llevó a la gloria, se escucha con frecuencia. Así visto pareciera que Victor Hugo fue un precursor de la literatura de compromiso, la que sigue como derrotado incuestionable una consigna social más que los impredecibles rumbos de la conciencia y la creación. Además, ¿puede haber una consigna de mayor corrección política, de mayor conveniencia, que la defensa de los pobres? Pero la literatura llamada de compromiso, como ha dicho Kundera, sangra a la creación y, por si fuera poco, arroja pésimos resultados para hacer política. El peor de los mundos. Victor Hugo hizo política, mucha política, la hizo en la Asamblea, a través del periodismo, y sin duda en sus obras como *El noventa y tres*. En *Cromwell* hay una expresa visión de la vida pública, como la hay en *Sábado*, *Cortázar*, *Carpentier*, *Fuentes* o el propio Kundera. Pero en Victor Hugo las mojoneras, las fronteras que dividen un quehacer del otro, la politiquería de la creación, no se ponen en duda. Nunca olfateamos ese hedor a panfleto que arruina al arte, que acaba con los vientos cruzados que nutren a una conciencia libre. La visión del francés es bastante más compleja.

CONTRA LOS ABSOLUTOS

“La inteligencia es la facultad de relativizar los absolutos” ha escrito Michel Tournier en un bellísimo libro sobre las dualidades titulado *El espejo*

de las ideas. ¡Qué cómodos son los absolutos! Instalados en ellos la mente se puede dedicar a la holgazanería. Para qué razonar si el mundo se divide en blanco y negro, sin grises, si la Verdad, así con mayúscula, es incuestionable y permanente y deliciosa para quien quiere caer en enredos. Los matices quiebran los absolutos y ya no permiten las afirmaciones tajantes que suenan tan bien y tanta seguridad brindan. Como en las canciones de niños, los absolutos son esos estribillos que, repetidos en dosis adecuadas, arrojan un falso sentido de seguridad. Se levanta la mano de la maestra y todos a cantar en coro.

Los absolutos, como los dogmas, son para los débiles mentales que a lo largo de la triste marcha de su vida necesitan asideros, barandales permanentes que les indiquen el rumbo que por sí mismos no pueden encontrar. Pero Victor Hugo no era un débil mental ni nada que se le asemeje. La fácil ecuación de los pobres y buenos de un lado *versus* los ricos y malos del otro no opera en su obra. Claude Gueux, el obrero desempleado que en 1834 roba para alimentar a su familia y que sirvió a Victor Hugo como piedra de toque para Jean Valjean, fue condenado ya en prisión por asesinar a otro reo. Jean Valjean, el gran héroe de *Los miserables*, el hombre arrepentido por el despido de Fantine, el que recupera a Cosette para entregar su vida a ella, es el mismo individuo que entra a la recámara del obispo que le ha dado albergue y alimento esa terrible noche y le roba la plata. Pero allí no acaba, esa misma noche lleva un hierro en la mano y no se puede descartar una intención aviesa.



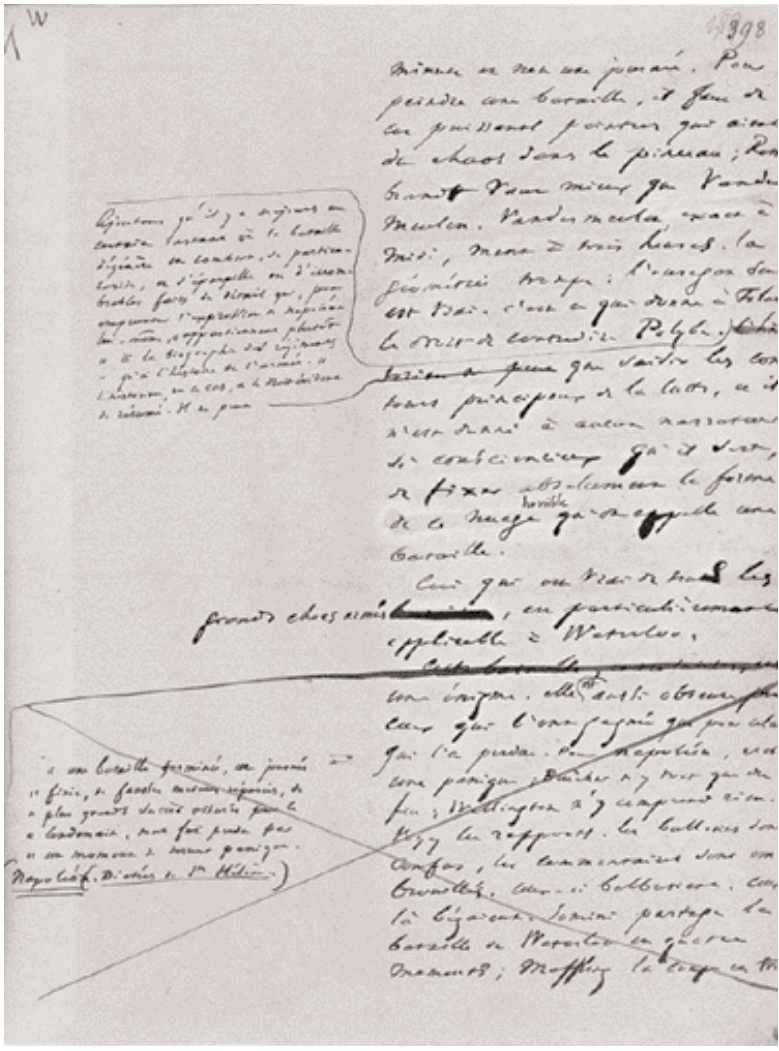
Carta de Victor Hugo a Adèle, agosto de 1837

ADIÓS AL SIMPLISMO

Si algo no cabe en Victor Hugo es una simplista división del mundo entre los bien nacidos y los perversos. El reto que se plantea el francés es mucho más complejo. Se trata de desentrañar esa terrible telaraña que a cualquiera puede atrapar y que es la miseria humana, un infierno que está más allá de la llana condición de miserable. ¿Quién y cómo se construye la telaraña? ¿Qué venenosas babas son las que la tejen? ¿Cómo se mira al mundo cuando ha caído uno presa de esa abominable trampa? Comienzan las disyuntivas. ¿Es acaso la miseria humana producto del designio divino, de La Providencia? ¿Pero, entonces el

buen Creador también es responsable de esas criaturas? ¿O quizá es la propia acción humana, esa maldad recóndita que algunos, muchos, llevan dentro, la materia prima de ese horror? ¿Se nace bueno pero la degradación atrapa a algunos? ¿O será la desventura —no tener empleo, padecer hambre, robar una hogaza de pan, caer prisionero— lo que desencadena esa degradación? ¿Acaso es asunto del azar, de la coincidencia que escapa a la voluntad del Creador? Pero, nada escapa a la voluntad del Creador.

“Podemos desentendernos de la pobreza y del desempleo; pero no podemos desentendernos del sufrimiento”. Es Victor Hugo el que habla,



Manuscrito autógrafa de *Los miserables*

el pensador romántico que mira hacia la entraña del ser humano, hacia su interior. Pero ese interior encuentra explicaciones también en el exterior. Incluso el alma, expresión muy socorrida por el poeta para aludir a esa otra lectura de nosotros mismos que frecuentemente olvidamos, incluso el alma vive en alguien y ese alguien necesita nutrirse, comer y para ello necesita dinero, un empleo, etc. etc. etc. La historia que ya conocemos. Increíble, pero el poeta romántico recurre a la estadística para explicar el porqué de la desesperación social. De nuevo, no son mundos reñidos, excluyentes sino complementarios, allí está el ejemplo. Recordemos que todos nos podemos convertir en miserables porque el infortunio anda suelto y por lo visto ni siquiera el Creador lo controla.

UN ROMÁNTICO ATÍPICO

Pero si bien la exterioridad condiciona al alma, diría Victor Hugo, las condiciones sociales se imponen; lanzaríamos orondos, con lenguaje con olor sociológico en pleno siglo XXI, las reacciones de cada quien son diversas. Cada alma es un alma. Todo se cruza. La voluntad individual no lo es todo, pero tampoco es esclava. No juzguemos tanto el hecho sino cómo se llega a él. Valjean tiene que robar la hogaza para alimentar a sus sobrinos huérfanos. Tiene que robar, de nuevo, para poder alejarse de las arenas movedizas, de la miseria. Tiene que mentir a la autoridad y violar de nuevo la ley para poder salir del fango que lo tiene atrapado. Despide a Fantine para tratar de mantener un orden, una moral. Y sigue Valjean, incomprendido no sólo por el villano de Javert que lo único que hace es cumplir con la ley, sino también por Cosette y el propio Marius a quien ha salvado de morir. Así llegará hasta el último día de su vida cuando ya no hay tiempo de decir. Explicar es demasiado complicado. Juzgar los hechos puede llevar a seguir pistas falsas. Fantine, despedida por Valjean, se prostituye para poder pagar el sustento que es símbolo de pureza. Por allí no vamos a ninguna parte. Adiós a los absolutos. La vida está repleta de encrucijadas morales complejas, donde no hay blanco o negro sino múltiples tonalidades de grises.

¿Hasta dónde fue su propia biografía la que marcó a Victor Hugo? Se trata de una pregunta ociosa. ¿Absolutos? ¿Purezas? ¿De qué estamos hablando? Su padre es un infiel sistemático. Pero su madre también cae en un amorío con Victor La Horie, afortunado amorío que le permite al niño-poeta conocer las letras y a los clásicos. Es el producto de ese amorío el que le ofrece —¡oh paradoja!— a Victor niño un mundo de ideales. La virginal Adèle con quien logra casarse alrededor de los veinte años, la madre de sus cinco hijos, también cae en la infidelidad con quien se pretendía un amigo del poeta: Saint Beuve. Y qué decir de él mismo, el creyente confeso que cae en los brazos de una actriz de largas historias de amor resultado del desamparo y la pobreza. Será ese amor lleno de máculas el que lo acompañe hasta el final de su vida. Así como Juliette Drouet ennoblecce y humaniza al poeta, Fantine es el gran referente ético de Valjean que entrega su vida a tratar de suplir el amor maternal ausente.

COMPLEJIDAD

No es casual que el *alter ego* de Javert se quiebre en mil pedazos. La ley no basta para hacer justicia. Incluso puede llegar a ser a la inversa, la aplicación de la ley es injusta. Javert no puede mirar más allá de la ley. Por eso cuando descubre esas otras coordenadas de la justicia, sólo le queda la muerte. La rigidez de haber construido su vida guiado por un absoluto, la ley, no le deja escapatoria. Ésa es su encrucijada. Justicia e injusticia se revuelcan y confunden. Hay allí otra justicia evidente que Valjean persigue, aunque ello lo convierta en un transgresor de la ley. ¿Buenos y malos? No hay cabida para ellos.

Thénardier es pobre y miserable de alma. Gavroche, el simpático niño revolucionario, roba a los muertos. Marius, el Romeo de la historia, es un subversivo dispuesto a matar al prójimo por imponer su verdad. El obispo Bienvenido Mariel premia a un ladrón. Las almas caritativas que lo acompañan, su hermana y su cuidadora, le niegan el pan al necesitado. Y finalmente Dios está con todos. Las fronteras entre el Bien y el Mal se desvanecen. Los personajes de Victor Hugo cruzan de un lado al otro confundiendo a las buenas conciencias. Todo es humano, demasiado humano, para usar la expresión de Nietzsche.

Nos acercamos así a la que quizá sea una de las principales aportaciones de Victor Hugo al pensamiento occidental: el tratamiento moderno de la moral. Qué lejos se mira Locke con su estrecha visión del paterfamilias. O Burke con sus cartabones para juzgar sin margen de error. O Hegel y Marx con su catálogo finito de cualidades de los que entienden la verdadera historia y los que viven en la inopia o en la falsa conciencia. Con Victor Hugo caminamos a lo largo de una herejía que da golpes secos y mortales a la moral rígida, de acero, con defensores en la iglesia, en las iglesias, en el mundo feudal y también monárquico que deviene en la moral burguesa que engendra a la moral revolucionaria. Ni a cuál irle, todas ellas madrigueras de los peores perseguidores. Muchos de los más horrendos crímenes se han cometido a nombre de la moral: de Jesucristo a Madame Bovary, precisamente a nombre de esas morales de recetario que niegan la complejidad humana. Fue esa complejidad la que ensanchó el concepto de libertad que hoy usufructuamos. Quien reincida en esas actitudes de intolerancia y



Mujer abandonada, dibujo de Victor Hugo

estrechez es, además de todo, un ignorante. Esos nuevos márgenes se los debemos a un literato, no lo olvidemos. Después de Victor Hugo sabemos que el simplismo moral es barbarie, que la complejidad es nuestro destino. ①